

Le Soir, 17 de agosto de 1940 – Un espectáculo artístico único en el mundo

El Misterio de Elche

Elche, pequeña ciudad de 30,000 habitantes, en la provincia de Alicante, está rodeada por el palmeral más hermoso de Europa. Los tallos de la esbelta planta suben hasta el cielo luminoso de Levante, cerca de un mar de azul cobalto, protegiendo la ciudad al borde del pequeño río Vinalopo.

Aquí tuvieron lugar, desde el siglo XIII, las representaciones de « La Festa d'Elig », nombre local del misterio, del que hablan las historias de la música aunque la mayor parte de los historiadores se hayan equivocado acerca de los orígenes y transformaciones de la música de ese drama litúrgico. Incluso Rafael Mitjana que, en la Enciclopedia de Lavignac y el Diccionario del Conservatorio de París, dedica a la « La Festa » un notable artículo, incurre en errores análogos al atenerse a la opinión de otros musicólogos, los cuales, salvo Pedrell, no conocen de vista la obra. Retomaré más tarde esta cuestión.

El espectáculo en su conjunto es una maravilla del arte popular auténtico, una expresión estética única en el mundo ya que ninguna otra obra de ese tipo presenta cualidades comparables a las del Misterio de Elche, cuya música está por encima de cualquier elogio.

La obra la interpretan los naturales del país, con una maestría sorprendente (salvo en lo que se refiere al canto) y con un entusiasmo único y « sui generis » que estimula la fe religiosa.

La representación de ese ejemplo vivo de teatro lírico primitivo se efectúa todos los años, el 14 y el 15 de agosto en la iglesias de Santa María de Elche, reconstruida —tras el incendio que la devastó en el siglo XVII— a partir de las exigencias escenográficas del Misterio, como dan testimonio de ello tantos detalles en el interior de la iglesia.

Su origen se remonta al siglo XIII. La obra se canta de cabo a rabo, lo que ha llevado a críticos y musicólogos, entre los cuales Pedrell, a considerarla como un antepasado de la ópera, nacida, como todos saben, casi cuatro siglos más tarde. Quizá sea cierto, pero no con esa distancia en el tiempo sino con una diferencia máxima de medio siglo, ya que en su lejano origen, no se cantarían del Misterio más que algunos fragmentos muy aislados de aquellas partes que conservan, todavía hoy, su antiquísima fisonomía, con sus característicos melismas y sus cadencias lidias, como reflejos de oro viejo, típicos del folclore musical del Levante. Se trata de estas páginas: el cántico de la Virgen, el del Ángel, los recitativos de los apóstoles Juan y Pedro y el solo final de Santo Tomás. Cantos monódicos, bien definidos, que, como ya he subrayado, tienen una próximo parentesco con la música popular de esa región. El resto de la obra, como se estilaba en ese tipo de funciones, debía recitarse sin música.

El texto literario, en verdad muy ingenuo y con anacronismos conmovedores, está escrito en antiguo dialecto valenciano: está extraído, en parte, de evangelios apócrifos pero sin duda fue modificado más tarde bajo la influencia de la Leyenda Áurea. El argumento es, como en tantos otros misterios de la época, la Asunción de María. Es un espectáculo impresionante, vistosísimo y con una tramoya muy complicada. De la más alta cúpula de la Iglesia, que figura el Cielo, baja una gigantesca granada, fruta simbólica del país, en el interior de la cual se encuentra el Ángel que viene a anunciar el próximo Tránsito de la Virgen y a traerle de parte de su Divino Hijo, un regalo que consiste en un ramo de palmas blancas. Luego bajan cinco personajes en el « araceli » vestidos en función de las jerarquías angélicas con el esplendor querido por la exuberancia local. Bajan cantando y tocando antiguos instrumentos de cuerda, entre una lluvia luminosa de lentejuelas que el devoto público recibe emocionado. La representación conserva hasta el final esa ambientación mágica, con entradas y salidas de Apóstoles y Judíos. Estos últimos acaban convirtiéndose ante un milagro y cantan entonces junto a los Apóstoles el magnífico final de la obra, mientras que la Virgen asciende al Cielo.

En el siglo XVI esta obra fue objeto de una reforma, a la que debe el gran nivel que tiene hoy, y que proporcionó a la partitura un valor universal. Sus reformadores fueron los maestros polifonistas de la región: Antonio de Ribera, Juan Ginés Pérez y Luis Vich. Pusieron música polifónica a la totalidad del texto, salvo, como es natural a los antedichos pasajes, que conservaron su sencilla melodía. La extraordinaria labor de esos músicos estuvo guiada por una espléndida intuición de lo que debe ser el arte nacional, en el sentido más amplio del término. La música del drama litúrgico es del todo original, no se halla en ella ni rastro de la reproducción directa de melodías folclóricas y, sin embargo, tiene un sabor local ya que está construida a partir de un sistema de escalas modales tomado de las cadencias características del canto popular valenciano. El folclore proporciona aquí carácter y, al mismo tiempo, deja el campo libre a una concepción artística general. Hay que experimentar en directo la emoción que se desprende de esa polifonía a la vez folclórica y universal, para comprender su belleza. Hay páginas como el « Ternario », cantado por tres Apóstoles que vienen de lejos para unirse milagrosamente a los que ya mencionados, cuya fina inspiración sólo es comparable a los motetes de Vitoria o Palestrina, y la escena más significativa de la obra, la « Judiada » (llegada de los judíos) tiene tal profundidad expresiva y tal

fuerza dramática que bastaría por sí sola para clasificar al Misterio de Elche entre las obras maestras de la música universal. Este escena se suprimió durante más de medio siglo. Por otro lado, la « Consueta » (la partitura) sumaba cada año nuevos vicios y errores por culpa de una serie ininterrumpida de interpretaciones descontroladas. Estas anomalías llevaron al Ayuntamiento de Elche, propietario del Misterio, a encargarle a Óscar Esplá la revisión total de la obra, lo que llevó a cabo hace unos quince años. Desde entonces el Misterio, depurado y completado con la « Judiada », se representa el 13 de agosto, como un ensayo general al que se asiste con invitación, con en fin de poder oír la partitura íntegra: en efecto, los días de la fiesta, el 14 y el 15, es tal la algaraza que resulta imposible percibir una sola nota, y los cada vez más numerosos musicólogos, eruditos y artistas que llegan a Elche desde el mundo entero para oír la obra, quedan con frecuencia decepcionados ya que el bullicio de la fervorosa multitud no permite escuchar la obra.

Las representaciones de « La Festa » se suspendieron, como es lógico, durante los tres años de guerra civil.

Este año empezaron los preparativos para reanudar las representaciones. Es posible, por tanto, que este monumento de arte popular y sacro que se mantiene vivo en el corazón de un pueblo entusiasmado por sus gloriosas tradiciones esté representándose a la hora en que escribo estas líneas.

Auguste de TRIAY.